

Cuatro fragmentos para Ramón Gaya

1. Gaya para pintores

Es Velázquez, pájaro solitario uno de esos raros, felices y extraordinarios libros escritos en estado de gracia, fruto tal vez de muchos años de reflexión y de vida, pero nacidos de un solo instante presente, como el estallido de la llama.

Desde su título (tan de San Juan de la Cruz ya como del propio Ramón Gaya) hasta la última de sus anotaciones, no está concebido el conjunto de estas páginas como un estudio, ni como una tesis, ni como una historia. Son el diálogo de un pintor con otro, o mejor, de un pintor con la Pintura, aunque también podríamos llamarlo el coloquio de los perros, por acordarnos de Miguel de Cervantes, que dio alma o sea vida a lo que no la tenía, y perros son las almas creadoras en el hospital del mundo.

Gran acierto fue el de Gaya llamar a Velázquez *pájaro solitario*. ¿Qué otra cosa podíamos decir del pintor sevillano? ¿Qué otra cosa podremos añadir del propio Gaya?

La teoría de las generaciones que articuló Ortega como una de esas máquinas a un tiempo fabulosas e inútiles del visionario da Vinci, desasosegó durante un tiempo a los espíritus inquietos del otro siglo, el que acabó en 1936. Agrupaba en ella a los creadores según diversas categorías. Nadie estuvo jamás de acuerdo: los que quedaban fuera, la encontraban estrecha, y para quienes la sobrepasan, les vino corta, sin tener en cuenta que en arte, pasado el trajín del momento, sólo hay una generación: la de la soledad. Cada soledad es en sí misma una nación entera, y cada solitario, un pueblo. Cuando Gaya nos habla, pues, de solitarios, está pensando como los insobornables Nietzsche, Galdós o Tolstoi en naciones y pueblos. Y al llamar a Velázquez *pájaro solitario* estaba forjando una teoría de las generaciones infalible y más duradera que la de Ortega: la de todos aquellos que no

sufrieron la soledad, porque la elegían y buscaban, aunque al desposarla depositaran a menudo como dote un sufrimiento sobrehumano.

Después de Gaya nos son familiares las cinco condiciones que San Juan atribuía al pájaro solitario, y que aquél puso al frente de este breve tratado, al que sin duda también atañen, pues es este *Velázquez pájaro solitario* ave no menos solitaria en nuestra literatura.

Que se va a lo más alto era la primera de ellas, y por lo más alto empieza Gaya su ensayo. Decía Brodsky de la desdichada Tsvetáieva que comenzaba sus poemas por la cúspide, por su más agudo vórtice, y lo mismo diríamos de la dama de Amherst, la admirable Emily Dickinson, aquella mujer que se sentaba debajo de un sauce para admirar el delantal del petirrojo. A lo cimero trepa Gaya hablándonos de Velázquez, del que nos evitará todo follaje, sea de primavera, sea de otoño. En las alturas no hay estaciones, sino espacio y un horizonte que a lo lejos se curva por pura delicadeza con las estrictas e invariables ciencias del espacio.

A diferencia de tantos libros sobre Velázquez, no se encontrará aquí sino lo sustancial, aquello que habla del alma de unas criaturas a las que podríamos llamar también criaturas del aire, como del aire son las mismas almas. No hay hojas verdes, succulentas hojas verdes, ni esas otras hojas secas aliadas de toda ensoñación. Sólo hay aquí ramaje, desnuda, firme y esencial fábrica del aire, sillares de puro aire, almenas de puro aire.

Gaya no es un historiador. Quien venga aquí buscando una fecha, no la encontrará. Su desacuerdo con Ortega es ese: mientras nuestro filósofo busca en su Velázquez la compañía de la historia, de las historias (verdaderas o falsas, cotidianas o legendarias), es decir, la compañía de «las circunstancias», Gaya formulará a Velázquez preguntas que en cierto modo sólo son tuyas, honestamente tuyas, nacidas de la reflexión o, mejor, del reflejo que ha de ser todo diálogo, todo coloquio animal o de las ánimas. No hay nada aquí especulativo, intelectual, sino cordial. Gaya nos hablará siempre de pintura. Lo demás le distrae, lo demás son hojas verdes, son hojas muertas. Reflejos pero no especulaciones. Lo que el propio Gaya ha llamado sentimiento de la pintura le servirá para decir sin demasiados circunloquios, que «demasiado sé que esta manera de entrever las cosas disgusta fatalmente a los sinceros y románticos idólatras del arte».

Esa es la razón por la que su ensayo no sufre la compañía de críticos, de historiadores, de filósofos, de la misma manera que nos advertía que tampoco en Velázquez «encontraremos a los artistas, a los afanosos cultivadores del arte, ni (...) a todos aquellos que pululan en torno: estetas *amateurs*, gustadores, historiadores, juzgadores, teóricos, críticos».

En cierto modo al ensayo de Gaya sobre Velázquez le ha venido a suceder un poco lo que al propio Velázquez vino a acontecerle antes del siglo

XIX, cuando aún no estaba «descubierto», o como aún le viene acaeciendo a la *Vida de don Quijote y Sancho* de Unamuno: «Si no hay producto, obra que tragar, estudiar, manosear, ¿qué podrían hacer aquí todas esas pintorescas personas? Este no es un lugar de *trabajo*, sino de vida. El arte, la industriosisidad del arte, ha quedado allá lejos, como una pasión pueril, juvenil, petulante, vanidosa, tonta».

Las palabras, los excepcionales escritos de Ramón Gaya sobre arte llevan publicándose desde 1927. Algunos nos resultan tan deslumbradoramente premonitorios y elocuentes como lo fueron durante años silenciosos y oscuros. Hoy no es posible mantenerlos ocultos, sino que al fin ponen también su pico al aire. Los que tratan sobre Velázquez y ven ahora de nuevo la luz tal y como salieron en la edición de Trieste, son deslumbrantes y ni siquiera deberían llevar ellos mismos una fecha: son de siempre nacidos para siempre. Nada ha envejecido en ellos, porque nacieron no de carne, sino de espíritu. No se juzga en ellos, no se critica, ni siquiera son los escritos del diletante que encuentra siempre en el arte más que un alimento, el pan sagrado, una golosina. No. Aquí se nos dará esa harina elemental y cernida, la molienda de toda una vida solitaria.

Con ello llegamos al final de este prólogo. No busque el lector en estas páginas un centro a la manera del que se halla en los escolios académicos. El centro aquí está en todas partes y en ninguna. Cada cosa que se dice de Velázquez (o de Rembrandt o de Ribera o de Goya) es central.

Tampoco puede decirse que tienen estas páginas un hilo, un argumento, como tampoco el mismo amor tiene hilo ni argumento. Y por amor están escritas. Amor no tanto a la pintura, como a la vida, ese lugar que a menudo tan denodadamente tratan de crear el arte y la literatura, el lugar donde ya no haya ni arte ni literatura, como en la mirada del Niño de Vallecas. No es tampoco un ensayo perfecto. Ni imperfecto. De ser algo diríamos, al modo juanramoniano, que hemos topado con eso tan raro que es una obra completa, o sea, perfecta e imperfecta al mismo tiempo, como toda vida.

Y tienen de la vida el conjunto de estas páginas lo más valioso de ella, su más suave canto: que pone ante nuestros ojos el secreto que encierra. Ese secreto que también, como la llama, no tiene ni la tentación del pasado ni las promesas de lo porvenir. Aquí es todo mucho más puro y mucho más sencillo e inteligible, pues lo que sucede, si puede decirse así, sucede siempre en presente.

2. Gaya para franceses

En 1928 un joven de diecisiete años dejaba Murcia para ir a París.

Murcia era entonces una pequeña, polvorienta y luminosa ciudad de

provincias del levante español, uno de esos pueblos a trasmano a los que sólo iban comisionistas y viajantes. Era una ciudad hermosa, tal vez de las más hermosas de España, con un clima benigno todo el año, llena de huertos, de palmeras, de nispereros. El abonado del Casino de la calle Trapería, ese socio del ocio que en Murcia lo imaginamos más tranquilo que en parte ninguna, oiría, mientras tomaba su café en la terraza, el agua de las acequias. No es difícil imaginármole mientras leía el periódico de Madrid, aspirando ese refinado perfume del azar en el que van envueltas algunas hebras de olor a establo.

En las fotos de esos años aún se percibe algo de toda esa lentitud que siempre es un perfume, la lentitud de las campanadas de la catedral, la cortés lentitud de una vieja tartana bajo la que va un perrillo atado con una cuerda o la solemne lentitud de una fuente de cinco caños.

Ramón Gaya ha contado en páginas memorables, los recuerdos de aquella ciudad medio berebere de comienzos del siglo por cuyo malecón se paseaban, endomingados, modestos artesanos y unos pimentoneros que tenían el rostro teñido de rojo.

Esos primeros años en la vida del pintor Gaya se entenderían mal sin la figura de su padre.

El padre era un emigrante catalán, uno de aquellos obreros de las artes gráficas (en su caso la litografía) que tanto abundaron en Cataluña, wagnerianos, cultos, individualistas, pacíficos, tan pobres como honrados y vagamente escépticos para todo menos para el Arte, que aún escribían con mayúscula. Sólo así se comprende que accediera a la petición de su hijo cuando éste, a la edad de diez años, le pidió que le sacase de la escuela para poder dedicarse enteramente a la pintura.

Había en Murcia por entonces un grupo de poetas, intelectuales y pintores avisados, inquietos, puros, con esa pureza y seriedad que sólo florece en la provincia. Pese no ya a la extrema juventud, sino a la infancia de Gaya, aquellos hombres ya hechos acogieron al niño como a un camarada más.

En 1927 en aquella capital de provincias se imprimió una revista de literatura, de arte, de poesía. Se llamó *Verso y Prosa*. Era una revista de vanguardia. Las vanguardias en España fueron una cosa perfectamente seria, como lo fue la revolución soviética. Con la pureza y la seriedad de las grandes ideas, no sólo había un arte nuevo por hacer: el viejo mundo mismo no valía. Los nombres de Lorca, Dalí, Buñuel (a un francés, cuando se le habla del arte, de la poesía, de la literatura de España, hay que hablarle siempre, ay, de Lorca, de Dalí, de Buñuel para que nos tome un poco en serio) aparecían con frecuencia en sus páginas con colaboraciones asiduas. El de Gaya, mezclado con el de ellos y con el de otros no menos sugerentes, no menos importantes, aunque quizá menos conocidos,